

LOS NIÑOS NOS MIRAN

FENICITA estiró los pies y bostezó.

—Y entonces, dije, salieron a ver qué pasaba.

—Ah, ¿Pasaba algo?

—Bueno, como pasar, no. Es decir: si pasaba algo, ellos no lo sabían porque era la primera vez que estaban y la primera vez, ¿no?, es difícil darse cuenta.

Hubo un silencio durante el cual Fenicita peló conciencia: el tapiz del sofá.

—¡Ay, Fenicita! ¡Debe ser tan emocionante! Imagínate, tan lejos. Ningún hombre, ¡¡nadie ha ido. Fíjate que agarraron un pedazo y lo trajeron ¡que es sensacional!

—¿Como si fuera un pedazo de torta?

—¡Qué gracioso! Estos chicos, siempre con el comentario justo ¡Hola, Macoco!

—Hola, ¿Qué le estás contando a la nena?

—Y, lo del viaje y todo eso. Todos los chicos de hoy son astronautas. ¡Me vuelve loca con las preguntas!

—¿Te gustaría ir, Fenicita?

—Hum.

Macoco la observó un segundo.

—Decíme... Mirá por la ventana. Linda noche, ¿no? ¿Ves eso redondo, blanco, platinado? ¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama eso tan redondo, tan blanco, tan platinado, eh?

Fenicita levantó los ojos. La cara de Macoco era redonda, blanca, platinada...

—Eso se llama luna.

—Ah, ¡qué bien!

—Vos sos igual a la luna, tío Macoco.

—Ja, ja ja.

—Si te vas a reír, dije, de todo lo que dice Fenicita, la vas a frustrar. No hay que reírse de los chicos. Hay que tomárselos en serio. Muy.

—Claro. Y si la criatura me insulta y me pone en ridículo, yo tengo que ir y comprarle una muñeca, ¿no?

—¡Qué disparate! La chiquillina está entu-

diada con estas cosas y es lógico que reaccione así. Cuando nosotros nacimos, no había luna, ni nada.

—¿El cielo estaba vacío, tía Mónica? ¡Qué lindo!...

—No, lo que está vacío es el cerebro de tu tío.

—¡Eso sí que no te lo permito! ¡Disfámame con la mocosa!

—Callate, Macoco. Y vos, Fenicita, no hagas caso. Como te decía, esos hombres tan ricos, salieron de ese extraño aparato y se movían así...

—¿Como borrachos?

—¡Mirá qué generación! ¡Apenas se levanta del suelo y ya ve alcohol por todas partes! Haceme el favor, ché: nosotros éramos más sanos en la infancia.

—Estás confundiendo las cosas, Macoco. Probablemente, Fenicita irá a la luna como vas a Punta del Este, ni más ni menos. De modo que es natural que una niña de su edad se muera de curiosidad por saber qué hay allí. Como te iba contando, los dos hombres instalaron el aparato de televisión y...

—¡Pusieron "Nuestra galleguita"!

—No, nena, no... Macoco: ¡no te rías así! Y después, plantaron la bandera...

—¡En desagravio!

—Fenicita: ¡no me interrumpas! Si querés saber cosas de la luna, tenés que prestar atención.

Fenicita suspiró.

—Decíme, tía Mónica ¿faltó mucho?

—¿Para ir a la luna?

No, para terminar el cuento. ¡Quiero andar en monopatín!

Cuando Fenicita se fué, Macoco se sirvió un whisky despacito.

—¿Sabés lo que yo creo, Mónica? Que la luna llegó demasiado tarde...